



NINGUNA NOCHE
ES INFINITA

Pascual Fernández Espín

NINGUNA NOCHE
ES INFINITA



Primera edición: mayo de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pascual Fernández Espín

ISBN: 978-84-18663-92-5

ISBN digital: 978-84-18663-93-2

Depósito legal: M-14498-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

«Si buscas la perfección nunca estarás contento»

LEÓN TOLSTOI

PRÓLOGO

A María José Rodríguez Sánchez, mi mamáica

Un crítico periodista debería saber que no es muy normal que los prólogos de una novela comiencen con dedicatoria, y menos que esta, en su inicio, no vaya dirigida al autor de la obra, pero me van a permitir la licencia de alterar la norma, ya que la novela de Pascual Fernández Espín siempre ocupará un lugar muy especial en mi vida por las duras circunstancias personales vividas. Un choque emocional contradictorio acuciaba mi corazón, ya que mientras me deleitaba con la lectura de su novela, veía como poco a poco a mi madre se le escapaba la vida.

Ninguna noche es infinita lleva por título la gran obra de Pascual Fernández Espín y, efectivamente, ninguna de las largas noches que ocupé leyéndola, mientras cuidaba a mi madre, en los últimos días de su vida, lo fue.

Ninguna noche es infinita del mismo modo que ninguna vida es infinita. Y es que el relato de Pascual, desde el minuto uno de su lectura, me retrotrajo a la mente historias que mi propia madre me había contado a lo largo de su vida; una vida que, como a tantos y tantas españolas y españolas, estuvo marcada, primero, por los acontecimientos de la Guerra Civil española y después por las duras experiencias vividas en la posguerra. Una vida llena de incertidumbre, de sufrimiento y de miseria.

Es evidente que este periodo de la historia española es el que mejor conoce, y en el que Pascual Fernández Espín se mueve como

pez en el agua, un incansable estudioso e investigador de esa etapa que para nada debemos considerar como nuestro pasado lejano, porque escalofría descubrir los paralelismos con la etapa actual que se viven en estos momentos en España. Todas las conversaciones, los miedos, los rencores, las ilusiones de los protagonistas que desfilan por *Ninguna noche es infinita*, teniendo principal presencia en la posguerra, nos resultarán tremendamente actuales con los tiempos que corren.

En *Ninguna noche es infinita* descubrimos en Pascual Fernández Espín que no solo es un escritor, es también un consumado documentalista e historiador; las páginas de su novela, sin mostrar ninguna imagen, están repletas de fotografías, de magníficas fotografías llenas de píxeles de información.

Su relato es prácticamente el auténtico trabajo de un gran fotógrafo, ya que con todas sus pormenorizadas y detalladas descripciones logra crear auténticas imágenes que yo me atrevería a llamar de *alta resolución*.

No se le escapa ni una sola referencia que no nos permita visualizar con total nitidez hasta el más mínimo rincón descrito en sus páginas. Y es que ese es uno de los dones con los que cuenta Fernández Espín. Es increíble como sus textos se convierten inmediatamente en nítidas instantáneas que visualizamos con todo lujo de detalles en nuestro cerebro.

En definitiva, más que un escritor realista al uso, deberíamos de hablar de un escritor hiperrealista, y yo no conozco muchos más ejemplos de esta corriente literaria de nueva invención.

Otra de las virtudes de Pascual es el dominio de la relación espacio-temporal. Sí, exactamente estoy hablando de la teoría de la relatividad de Einstein. No ponga esa cara, amigo o amiga lectora, que lo explico: Fernández es un maestro en el dominio del tiempo y del espacio, juega a la perfección con ellos, los estira, los ralentiza, los agita, los pausa o los acelera a su voluntad provocando en el lector a veces hasta una sensación de desasosiego, incluso de una liberación inesperada de adrenalina. Exactamente lo que hacen

algunos destacados físicos a los que les gusta pensar de forma diferente, creando experimentos en su mente e intentando solucionarlos en su cabeza hasta hacer traslúcidas sus ideas y los principios físicos en claridad cristalina. Exactamente lo que consigue Pascual Fernández Espín en su obra.

Si Albert Einstein era capaz de predecir fenómenos bastante extraños pero reales, como el envejecimiento más lento de los astronautas respecto a las personas que vivimos en la Tierra y el cambio en la forma de los objetos a altas velocidades, Espín no solo predice, sino que lo ratifica en sus relatos. Yo diría más, juega con el lector y cuando más intenso es el ritmo de la acción narrada, Pascual pisa el freno del relato, lo ralentiza para de nuevo, dos páginas más adelante, volver a sorprendernos y a alterarnos con un nuevo e intenso pisotón de acelerador.

Él asegura que no lo hace a propósito, pero yo estoy convencido de que esa *táctica maquiavélica* la emplea con una total alevosía que, como bien explica la definición del término, se entiende como la comisión de un delito «a traición y sobre seguro». Y para reforzar mi teoría comparativa entre Albert Einstein y Pascual Fernández Espín, cuando lleguen, amigos y amigas lectoras, al intenso pasaje del relato en el tren, recuerden que Einstein se planteó la medición de la velocidad de la luz desde un tren y poder así reconciliar las ecuaciones de Maxwell con el principio de relatividad.

Hemos hablado de la literatura fotográfica empleada por Pascual Fernández Espín, pero no hemos de olvidar la cinematográfica. En su novela es indudable que la segunda gran pasión del autor, además de la literatura, es el cine y ese hecho se evidencia en cada uno de los capítulos de *Ninguna noche es infinita*. Si la novela de Pascual hubiese de ser adaptada a la gran pantalla, poco trabajo deberá hacer el director de fotografía para precisar los movimientos de cámara, ya que están explicados minuciosamente en cada segundo del relato. Cuando leemos, nuestra mente sabe cómo debemos imaginar y encuadrar cada escena, si un plano largo, si un *travelling* o un primerísimo plano.

Es más, hasta el tono del color dominante de cada fragmento podemos visualizarlo a partir de esas geniales descripciones, como las noches de tormentas que describe con todo lujo de detalles, tanto en su faceta meteorológica como en la de su color.

El autor narra secuencias sangrientas, en las que el color rojo es su protagonista; describe pasajes donde el verde de la vegetación, visto desde el aire, envuelve toda la escena como un manto de esperanza; otras veces son las sombras y el color negro los que invaden la narración. Pero voy más allá, Pascual Fernández Espín consigue en su novela algo que el cine ha perseguido durante años, no diré la literatura en 3D, porque eso es evidente que el cine lo ha logrado, me estoy refiriendo al cine con olores. Me explico:

El olor, del mismo modo que el sabor, lo tenemos guardado en nuestra memoria; cuando olemos algo nuevo, nuestro cerebro lo asimila con arreglo a los recuerdos aromáticos almacenados desde nuestra infancia. Y las pormenorizadas descripciones que el autor refleja en la novela logran que nuestro cerebro nos retrotraiga esos intensísimos olores que van apareciendo en el relato: olor a carbón, olor a pólvora, a sangre, a orines, a excrementos, a sudor..., a miseria.

Y con el efecto de los sonidos, igualmente: disparos, explosiones, gritos, la marcha del tren, alaridos, músicas, el motor de los aviones, los disparos de ametralladoras, el chirriar de puertas o el arrastre de cadenas; el viento y hasta el sonido de pasos podemos percibirlos en el interior de nuestros oídos conforme transitamos por cada pasaje de la narración de Fernández Espín.

En *Ninguna noche es infinita*, Pascual hace también un moderno ejercicio de marketing, puesto que no nos está vendiendo una novela, vende dos en una. Y encima utilizando diferentes géneros literarios. Una primera parte de la novela en la que impera el género costumbrista, social y realista; en el relato recupera lenguajes y costumbres que sitúan al lector en el entorno de la época. Y otro género muy diferente, aunque perfectamente imbricado con el primero, que se convierte en una novela épico-dramática de la mejor

literatura bélica y de intriga, ocupando un importante porcentaje del libro, como es toda la trama de los diamantes en el Congo belga.

Quien me conoce, y más en mi profesión periodística, sabe que no es mi práctica el ejercicio de la adulación, todo lo contrario, y ahora, releendo lo escrito sobre Pascual Fernández Espín, habrá quien pudiera pensar que no es así, porque solo he hablado bondades sobre el trabajo del autor en este texto. Pues atentos, no todo es positivo en esta novela que nos ocupa, y así se lo hice saber a Pascual cuando hablamos de confeccionar el prólogo.

Habría que suponer que, después de tener en su haber más de un millar de artículos en diferentes publicaciones de todo tipo, varias narrativas cortas, más de una quincena de novelas (ocho de ellas publicadas), Pascual Fernández Espín debiera contar con un control absoluto de sus relatos, y más viniendo de alguien que ha dedicado su vida laboral a la tecnología en el ordenado mundo de las telecomunicaciones. Pues no, no es así. Hay momentos en que el rumbo de la novela se le va de las manos, se le desboca y campa por sus propios derroteros sin que Pascual pueda hacer nada por evitarlo. Este aspecto, que podríamos considerar negativo *a priori*, de repente nos damos cuenta que es lo que le da mayor vida a su relato, y así, lo que habría de ser un defecto, encima se torna en otra de las grandes virtudes de la literatura de Espín, ya que cuando la narración se le escapa y discurre a su libre albedrío, es cuando podemos disfrutar de los párrafos más frescos escritos por este bullense-murciano, padre de tres hijos, felizmente casado con Isabel, abuelo de media docena de nietos y, además, orgulloso padre de nueve libros: *Santo lucero*, *En pastel ajeno*, *Testimonios de una tragedia*, *Guerra Civil española*, *Con el otoño a cuestras*, *Bullerías*, *Tal y como escuché*, *Con el peso del recuerdo*, *Siega y viento* y, ahora, su genial *Ninguna noche es infinita*. Vale, lo reconozco, con Pascual no puedo evitar ser elogioso, pero que conste que no es mi culpa, la culpa es de él y de su literatura.

No tengo la fortuna, como les sucede a cientos de amigos suyos, de conocer a Pascual Fernández Espín desde hace decenas de

años, apenas hace un par de ellos que nos conocemos, pero desde el mismo instante en que nuestras vidas se cruzaron, supe que había encontrado a un amigo muy especial y entrañable con quien no he dejado de aprender y espero seguir haciéndolo después de haber compartido con él muchísimas horas de entrevistas y debates en radio y televisión y haber podido disfrutar de sus dos últimas novelas. Estoy deseando conocer la siguiente que está a punto de concluir. Una novela ambientada en la huerta de Murcia de los años cincuenta. Un drama rural con el trasfondo de la dramática riada ocurrida en el mil novecientos cincuenta.

Felicidades Pascual por este nuevo trabajo que nos muestras; una vez más has pincelado tus trabajos como Alfred Hitchcock hacía en sus películas, incluyendo de forma subliminal tu firma con algún *flash* literario de tu amada tierra, donde siempre aparece Bullas en algún rincón de todas y cada una de tus novelas.

«Ser escritor es una locura y un refugio», me explicaba el otro día el autor. No abandones nunca Pascual ese refugio y sigue deleitándonos con esta bendita locura.

PACO HERNÁNDEZ

Periodista en radio, prensa y televisión
Cronista gastronómico del diario *La Opinión*

CAPÍTULO I

Cada pocos segundos, al negro horizonte se le abrían las entrañas, por donde escapaban los múltiples latigazos de fuego que dejaban el confuso paisaje parcialmente iluminado, creando en cada estallido una extraña simbiosis de luces y sombras que en milésimas de segundo trasmataba de la oscuridad más absoluta a la fulgurante claridad del rayo. En aquel infierno de relámpagos y truenos, nada del entorno parecía ajeno a la borrasca y así, mientras en el interior de los montes rebullía sordamente el retumbo de la tormenta y los limpiaparabrisas del Dodge trataban de desalojar el diluvio que le caía del cielo, las luces de los faros eran reflectadas hacia el interior del vehículo, causando el efecto contrario al perseguido: ver la abocetada calzada y no salirse del sinuoso trazado que se intuía a través de la cortina acuosa. Solo cuando el vehículo conseguía salir de la opacidad del paisaje, los árboles y matorros, como fantasmas de castillo muerto, emergían entre el celaje que los envolvía, recuperando sus relieves de horizonte.

Los escasos veinte kilómetros que separaban Rascafría de El Paular se estaban convirtiendo en un infierno de niebla oscura, de torrentes de lluvia y viento aullador, pero el evento, al menos para Mati, merecía la pena. Conociendo como conocía a Cristina, estaba segura de que la fiesta, como cualquier fiesta que pretendiese asomarse a las crónicas sociales de la comarca, entre la programación de sus actos contaría con algo distinto, ese chispazo de distinción que rompiera con la atonía de cualquier celebración de su alrededor. Envuelta con esos pensamientos, Mati estaba segura

de que el toque personal imprimido por Cristina llevaría una carga sentimental muy en línea con su personalidad; muy posible alguna guinda emotiva que recordara a los asistentes la diferencia social de su mundo.

—¡Maldito día! Bien podría haber elegido otra fecha para la primera comunión del crío. ¡Cojones! —exclamó Miguel con el ceño fruncido y los ojos semicerrados, tratando de perforar el infierno de lluvia y baches de la carretera.

—Otra vez. Desde que salimos de casa no has parado de quejarte... Por el amor de Dios, no te quejes tanto Miguel, peor hubiese sido no haber contado con nosotros como invitados y, de haber sido así, tío listo, a ver, cuéntame tú con qué cara me hubiese presentado mañana en la cafetería..., pues que te quede bien claro, me hubiese presentado como un fardo de ropa vieja y, ¡hala!, a callar, quieta ahí, arrumbada sobre la silla más apartada mientras Laurita Rocamora y Versailles, como le gusta resaltar para que quede bien clarito el abolengo familiar, o para que Maruja Méndez y Conchita Ruiz-Gómez de Calatrava se explayen a su gusto con los pormenores de la fiesta. Por lo menos así, aunque el día no invite a salir de casa, mañana no quedaré en evidencia.

El brusco control del coche al tratar de seguir el trazado de la curva, que parecía no tener fin, fue respondido por el vehículo con un leve derrape hacia la derecha. Instintivamente, Miguel cambió a una marcha más corta para contener la velocidad, temeroso de que si frenaba era muy posible que el derrape, además de brusco, fuese hacia el lado contrario. La grava del arcén, limítrofe al asfaltado de la calzada, protestó bajos las ruedas del vehículo.

—¡Uy! Pero qué susto. ¡Migueeeeel! por Dios, ten cuidado, que nos salimos de la carretera —exclamó, respirando como un odre pinchado—. ¡Qué poco ha faltado! La madre que parió... Y encima, sin confianza. No te puedes hacer una idea de la urticaria que me entra en el cuerpo cuando veo que los nudillos se te ponen blancos de tanto apretar el volante. Y luego hablas y hablas de con-

fianza y fiabilidad. ¡Cuánto tienes que aprender de algunos! —sin pronunciar ningún nombre, ambos sabían quién era el señalado.

—No echés más leña al fuego, mujer, ya sabes mi opinión sobre Silverio, y el estado de mi opinión en estos momentos no solo lo genera el puto día de perros que tenemos encima, que algo añade, es que no me fío de él. ¡Coño!

—Miguel, por favor... ¿Es necesaria tanta vulgaridad?

—¡Vale! Si te parece continuamos el camino rezando un rosario —ironizó, rozando la aspereza—. Está bien, ya en serio, es que a ese pájaro no hay quien lo encasille en ningún lado y, por tanto, entre otras consideraciones sobre su comportamiento, no sé a cuento de qué viene el rollo de la primera comunión del niño, cuando la realidad es que toda esa escenografía religiosa no la siente. Joder, con el tío. Es que no hay manera de saber del pie que cojea.

—Te refieres a encasillarlo en alguno de tus idearios políticos, porque sobre el religioso no tienes duda, ¿verdad?

—Pues claro que tengo duda, si no fuese porque es rico y tiene un hijo cura, yo diría que en vez de monárquico es un... —resopló con la garganta—, un sin patria. Eso es. Un sin patria ni bandera. ¡Un masónico de pura cepa! Es más, el muy farsante cada vez que se ve rodeado por la patulea de halagadores y pelotas, con que suele envolverse en *sss* reuniones sociales —descargó intencionalidad en sus palabras, sabedor de la poca gracia que le hacía el énfasis a Mati—, es cuando mejor se siente, cuando más saca a relucir sus aires de mecenas sobrado, aunque a mí, de una u otra forma, al final siempre me pasa lo mismo, con este tío, ni pum, es que ni un tanto así —hizo amago de alejar una mano del volante para señalar con el índice y el pulgar la pizca de gracia que le hacía. La mirada de su mujer, mitad pánico, mitad recriminación, abortó el intento—. Y no te lo digo con retintín, es que es la puta verdad, conmigo nunca ha manifestado cercanía en el trato, siempre que lo saludo parece como si fuese la primera vez, y aunque en los últimos meses haya habido media docena de primeras veces, y reconozca que siempre me ha saludado cortésmente, en sus ojos

jamás he visto reflejado el aprecio. Bueno, ni aprecio ni odio, indiferencia, si acaso. Eso es, indiferencia. Y eso, aquí y en Roma, se llama ninguneo, menosprecio, vamos, que me ha tratado como si hablase con cualquier jornalero —su inicial frialdad se iba acalorando por momentos—. ¡Ay!, si no fuese por ti, si no fuese porque no aceptar la invitación era darte un disgusto, este señorito de cuna y mierda, aunque sea mierda de sangre azul, se iba enterar quién es quién en la comarca, porque si su título de marqués de Río Grande, y no sé cuánta rimbombancia más, está emparentado con don Iñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana y conde del Real de Manzanares, yo, por mi dinero, estoy emparentado con los mejores bancos de la región. Por tanto, como dice Benjamín, el jardinero de casa: «El don sin din, puñetas al calcetín».

—Estás en un error, cariño, y en la fiesta del enlace de los Piris, Silverio lo dejó bien clarito a todos los que componíais el grupo, y entre ellos, a ti. ¿Te acuerdas? Seguro que sí, pero aun así lo voy a recordar. Para evitar males mayores, después de la espantada del rey y posterior persecución de todo lo que oliese a nobleza, Silverio dijo que no era bueno para la salud mencionar nada que oliese a títulos nobiliarios, y menos aún en público. «En tanto que el régimen antimonárquico sea como el que tenemos ahora», dijo Silverio Ruiz de Mendoza, y, acuérdate, porque si él lo dijo, yo lo creo: «... los títulos nobiliarios, por el artículo 25 de la Constitución de la II República, están abolidos, y referirse a ellos con los aires que se respira en estos tiempos podría interpretarse como una provocación a los republicanos. Y todos sabemos cómo se las gastan esos radicales». Además, tú opinas así porque el dinero no sirve para todo, después de cerrar la Chancillería de Granada, por mucho que se tenga, nunca se logrará abrir las puertas de la prosapia. Ni tan siquiera las puertas de la historia. ¿Vale? Y otra cosa, señor millonario, conste que Silverio es de las pocas personas que se distinguen en las fiestas por su trato con las damas. No como otros —puso retintín en sus últimas palabras—. ¿Te acuerdas del banquero? El pulcro y relamido banquero ¿Te acuerdas de su comportamiento

final en la fiesta de Navidad? Al segundo trago, ya había perdido los papeles. Y del alcalde, ¿te acuerdas? El pobre hombre cada vez que habla la caga. Trata igual a las mujeres que a las vacas de su establo, sin embargo, me reconocerás, digo yo, que en ningún momento Silverio suele perder la compostura aunque la situación no sea de su agrado. Él jamás falta el respeto a nadie, y menos a una dama, y respecto a lo que dices de sus ideales o creencias...

—¡Puñeta! Cualquiera que te oyese hablar en este momento pensaría que... vamos, que aunque solo fuera en sueños, te estás tirando a ese petulante.

—¿Lo estás viendo? ¡Esa es la diferencia entre Silverio y tú! Tú, a las tres menos dos la cagas, y él, pues eso... En fin, a lo que iba. Puede que para ti Silverio sea un *rara avis*, un indefinido, pero sigo pensando que dudar de él es pecar directamente contra la lógica de la ley de Dios, y de su Iglesia. Lo primero que su hijo, como bien sabes, ¿verdad?, es sacerdote, pero sacerdote de los de antes, de los que renunciaban a todo linaje y a toda prebenda por sus creencias católicas, y aunque la madre del sacerdote sea una estirada, a Silverio... tienes que reconocerlo, Miguel —puso retórica de fanes—, será porque tiene más del que necesita, pero no le encandila el dinero, y eso tú, que todo lo resumes en el «tanto tienes, tanto vales», lo sabes muy bien. A Silverio el dinero le importa una gaita. Y conste que recurro a esta metáfora por ser decorosa contigo, al contrario que tú, que recurres a las ordinarieces nada más que para fastidiarme. Y además, ese al que tú te referes, o mejor dicho, ese que tú directamente encasillas como un indefinido, tiene los santos redaños de pagarles a sus trabajadores más que el resto de patronos de los alrededores. Los tiene tan acostumbrados al sueldo de final de mes que más que adoctrinamiento hacia su persona lo que sienten por Silverio es devoción, fidelidad, y encima... con un par bien puestos, se permite el lujo de dar una cena a todos sus trabajadores por Navidad, y claro, eso fastidia, ¿verdad? Pero el tío, como es tan inteligente, y no como otros, que se les ve la vena mora a la primera, cuando quiere sabe domeñar sus aires aristó-

cratas con vientos de sindicalista revolucionario, y encima sin que entre en colisión lo uno con lo otro. Y ese es el Silverio confuso que tú denuncias. ¡Que manda narices!

—Eso no es así exactamente, o por lo menos no es así del todo. Claro, no lo voy a comparar con ese tal Marx que tanto cacarean los voceros intelectuales de la izquierda, cuyo eslogan más cariñoso, sobre la unidad nacional, es que los obreros no tienen patria ni nación, porque eso de patria y rey son estamentos inventados por los burgueses, pero Silverio se le aproxima bastante. ¡Coño! Si es que siempre parece defender a la greguería inculta frente a la bota caciquil. Como gusta decir a *tu*... —hizo amago de elevar una mano para señalar comillas, pero la recriminación de su mujer paralizó el intento.

—¡El volante! No dejes el volante; para hablar no se necesitan las manos.

—Está bien, quiero decir: a tu amigo Silverio. Lo que tiene la cosa de la cultura académica, cojones. Todos somos iguales ante los ojos de Dios hasta que me aprieta a mí el zapato, ¿verdad? Pues que sepas que tu príncipe azul realiza todas esas disquisiciones teorizantes... ¿se dice así, cariño? —puso ironía sin disimulo alguno—. Pues eso. Tu príncipe azul actúa así porque nació en cuna noble, con todo de sobra. Ya me hubiese gustado a mí verlo amasar fortuna como lo he hecho yo, a base de sacrificio, de trabajo y rigor.

—Uy, qué persona tan maja es mi marido — satirizó antes de ponerse seria—. Ante los ojos de Dios, eso que tú llamas rigor con los pobres, a todas luces es un sacrilegio y una explotación del ser humano.

—¡Y una mierda! Eso es, ¡una mierda como la copa de un pica-dor! Mientras nosotros, los ricos quiero decir, aportamos al sistema músculo financiero, los pobres no aportan nada, porque ya me dirás qué aportan ellos, ¿vale? Aparte de vivir junto a sus familias un inocente sueño de beatitud burguesa, ¿me quieres decir que aportan los pobres? Te contesto yo, ¡naaaada! Eso es, nada, y así, mientras que algunos al acostarnos en vez de dormir no paramos

de dar vueltas pensando cómo amanecerá el nuevo día para el negocio, ellos, los jornaleros, pueden dormir tranquilos, porque solo exponen su trabajo, y por la noche, ¡hala!, a desfogar con la parienta y a dormir a pata suelta como cerdos. Además, ¿quién financia la casa de Dios? ¿Quién ha dado cien duros esta Navidad para el mantenimiento de la Iglesia? ¿Los pobres? ¿Han sido los pobres? ¡No, señor! Nosotros somos los verdaderos custodios de Cristo en la Tierra. Nosotros somos los que aportamos la salud financiera para que los seminarios y demás centros germinales de la palabra divina puedan subsistir.

»El otro día se rumoreó en el casino que, en las elecciones previstas para febrero, tu dios en la Tierra tiene pensado votar a los radicales centristas de Lerroux, en vez de a Renovación Española del Bloque Nacional de Calvo Sotelo.

—¿Te refieres a Silverio?

—Claro, ¿a quién me voy a referir? ¿Acaso no estamos hablando de él? ¡Coño! Algunas veces creo que estás en Babia o no das más de sí. Según se dice por ahí, ¿entiendes? y siempre poniendo en mi boca palabras de Sanromán, las prédicas de Calvo Sotelo en el estrado del Parlamento, o la literatura de Concha Espina y García Serrano, para Silverio, en la medida que se acercan al *faccio* italiano, se alejan de la realidad cotidiana del pueblo. Creo que este señorito de sangre añil está traicionando a los suyos. Al tío le tira más lo rojo que la lealtad al rey.

—¡Calla! Que te va a comer la lengua el demonio; si has llegado a la conclusión de que Silverio es un rojo —se persignó con inquina—, si piensas así, tú sí que eres un peligro nacional. ¿Qué digo nacional? Un peligro para la humanidad. Estás en un error. Por la ponderación de sus palabras y el respeto utilizado con todo el mundo, a millones de años luz de distancia se encuentra su ideología política de lo que acabas de decir, y más aún de la política radical de izquierdas. Es más, creo que, tanto por su pensamiento como por sus actuaciones en el día a día, Silverio puede cuadrar perfectamente entre los liberales de Melquíades Álvarez, los mo-

nárquicos de Calvo Sotelo o los mismos centristas de Lerroux, pero nunca con los rojos.

—Tú puedes decir lo que quieras de él, porque te tiene encandilada.

—¡Uy! ¿Pero qué dices? Otra vez con lo mismo. A ver si te piensas que yo sería capaz de tener un rollo con él, como antes me has insinuado. Quede claro que una cosa es lo que yo piense de Silverio y otra bien distinta mis preferencias eróticas. Además, yo soy mujer, como bien sabes, de un solo hombre, tal y como manda la Santa Madre Iglesia Católica. Por tanto, no peques con tus acusaciones, ni pretendas tratarme como a una de esas *señoritas* de esquina y bolso a las que tú calificas de eventuales clientas del negocio. Mira que si nos ponemos a hablar... ¡si nos ponemos a hablar no se va a librar hoy ni el papa de Roma!

—Oye, oye, tranquila, que yo no te he acusado de nada, ahora bien, igual que tú puedes pensar lo que quieras, yo sigo pensando lo mismo. Además, las mujeres por naturaleza os dejáis influenciar más por el careto que por la profundidad del mensaje, pero como te dicho antes y te repito ahora, yo sigo sin fiarme ni un pelo de Silverio.

—Pues yo sí, ¡machista! ¿Qué quieres que te diga? Además de su aire inocente y sus ojos tremendamente expresivos, Silverio me parece un *gentleman* encantador, un tío como la copa de un pino y una educación exquisita, un gentil hombre de los de antes y con un glamur que, sin esforzarse en acentuar su presencia con los artificios de las cremas o tintes en el cabello, su rostro mantiene el mismo atractivo natural de los antiguos patricios romanos. Don que para ti quisiera yo. Siendo como es de cuna ilustre... y no hay que olvidarlo, o sea, hijo de marqueses, no se le caen los anillos por irse de vinos con los obreros que trabajan para él. Además, cada vez que en público emite sus opiniones, por muy docta que sea la concurrencia, sus palabras, como si se tratase de una conferencia en toda regla, no tardan en convertirse en el centro de atención. Con ese hombre no se habla, se escucha y se aprende —excla-

mó con severa exaltación—, y ahora haz el favor de fijarte más en la carretera y cambiar de tema. ¡Jolín!, estás consiguiendo que me cambie el humor, y el mal humor, tú mismo me lo has dicho cientos de veces para fastidiarme, me realza las venas del cuello y las arrugas del careto. Así que ya vale de monsergas, y ahora, con tu permiso, tengo que arreglarme un poco el pelo que ya estamos llegando.

—Lo que tú digas, mujer, pero que sepas que la cultura y la política siempre han ido de la mano. Y para que lo veas con tus propios ojos, no tienes más que leer el libro de Agustín de Foxá que tienes en la mesilla de noche desde hace más de un año, verás lo que da de sí la izquierda.

—Bah, y la derecha, y el centro, y los de más allá y más acá, todos son iguales: mucho chau, chau pero al final siempre pagan los mismos.

—Ya, ya. —fingió reír—. Mira quién habla, pobrecita mía, tan pobre, tan pobre que, sin ir más lejos, ayer mismo la indigente estrenó un visón que me costó un pastón. ¡Coño! Me ha salido un pareado. Para que luego digas que nací sin la vena que fortalece la sensibilidad humana, y que por mis venas solo corre sangre económica, sangre empeñada en almacenar billetes de mil pesetas.

Miguel Riotinto no solo era presidente de la constructora RIOSA y uno de los mayores accionistas de EXPONSA, empresa dedicada a la importación y exportación de artículos de regalo, también era uno de los custodios de la derecha extrema, que igual que otros guardianes de la izquierda más radical, en sus críticas ideológicas solía relacionar el falangismo más faccioso con la literatura de Agustín de Foxá, de Serrano o de Concha Espina, poniendo en el lado contrario a Francisco Ayala o Rosa Chacel, aunque sin llegar a precisar en ningún momento la importancia literaria de sus obras. Una realidad social demostrativa que, una vez más, hacía realidad la metáfora de que los extremos siempre terminan por tocarse, y en política, además de tocarse, aunque fuese con distinto mensaje, siempre tratarán de homogeneizar a la sociedad conforme a sus intereses.